

sas de Jesu Christo las sendas de la christiana pureza, instruir las en las mas excelentes virtudes, por medio de aquellas admirables reglas, que han producido tantos Santos en mas de cinquenta Ordenes de Religiosos, en que han sido recibidas. Todo esto no fue mas que una pequeña parte de sus ocupaciones. Al considerar lo que escribió, parecerá no hizo otra cosa que escribir. Apenas la mas larga vida parece pudo bastar para la composicion de aquel asombroso numero de libros, que han llegado hasta nosotros. Al examinar lo que hizo se discurrirá, que no tuvo lugar ni para echar mano à la pluma. Si se contemplan sus virtudes, parece que no pensó sino en ellas; si se consideran sus trabajos, se imagina, que ni tuvo tiempo, ni libertad para pensar en sí mismo. Toda su vida es un problema, y una paradoxa continua. Nada parece verosimil, todo es singular, y maravilloso hasta rayar en prodigio. No os asombreis, señores,

ni

ni busqueis exemplar entre los hombres, pues se trata de un Santo, que ni tuvo, ni tendrá jamás semejante: *Ut nullus ante te similis tui fuerit, nec post te surrecturus sit.*

Aun el dia de hoy està trabajando este digno Padre de la Iglesia: aún vive, como decia de San Pablo su admirador San Juan Chrysostomo: aún desempeña, como en otro tiempo, todas las funciones de Doctor, y de Obispo: *Post obitum etiam non cessat ubique terrarum praedicare.* Todo su espiritu subsiste entero en esos grandes cuerpos de libros, que serán siempre las principales riquezas, y los mas preciosos adornos de nuestras Bibliotecas. Desde allí instruye, habla, mueve, y persuade cada dia. Su nombre se oye con aplauso en los Templos, y en las Escuelas. Algunas delineaciones de su vida en nuestras bocas, aunque desmayadas, son capaces de despertar à oyentes muertos, y de dar cuerpo, fuego, uncion, y gracia à discursos

Tom. VI. Bb ener-

enervados. Predicará hasta el fin de los siglos la doctrina moral mas pura, y las verdades mas sublimes. Con la leccion de sus divinas obras se formaron los Prósperos, los Fulgencios, los Hylarios, los Gregorios, los Anselmos, los Bernardos, los Thomases, tantos millares de Doctores, que despues de él han sido el apoyo, y defensa de la religion. El en vida impugnó todas las heregias, y muerto como está, continúa en impugnarlas. El es quien disparò rayos contra el Lutherismo, y Calvinismo en el Santo Concilio de Trento. En sus escritos, como en aquella misteriosa torre, de quien pendian mil escudos, hallan los Theologos las omnipotentes armas, que aun en nuestros tiempos les hacen triunfar de los Hereges. En vano pretenden Sectarios disimulados engañar al mundo, al abrigo de su nombre, de que hacen vana ostentacion. La Iglesia les quita la mascarilla, vindica justamente á su defensor, y como él mismo ordenaba, arruina estos

tos fantasmas de discipulos, con el mismo nombre de su pretendido Maestro. Ya es viejo este artificio. Godescalco, segun refiere Aimar, jamás citaba á este Padre, sin llamarle nuestro Agustin, pretendiendo dar á entender, que él no era mas que interprete suyo. Wiclef, para manifestar mas bien su pasion por este Padre, afectaba llamarse Juan de Agustin. Luthero, Melancton, y Calvino repetian sin cesar en sus obras, que Agustin era todo de ellos, que Agustin no hablaba sino por ellos, y en boca de ellos: *Augustinus totus noster est.* Dexaronse engañar con estas especiosas palabras los flacos, y los ignorantes; mas la Iglesia hallò en el mismo Agustin, con qué vindicar à Agustin, detestó la calumnia, y anatematizó à los calumniadores.

Desgracia triste, y doloroso destino de los hombres grandes! Quanto es mayor su peso, y autoridad, tanto mas se esfuerzan los innovadores en apro-

priarse sus escritos, y en hacerles hablar su culpable language. Esta ha sido desgracia de todos los siglos, y el texto de San Agustin, como el de los Profetas, y Evangelistas, no ha estado libre de ella. Y acaso, es esto digno de estrañarse? No se creeria à los Novadores sobre su palabra; por esto necesitan de autoridad. Y podrian mendigar otra mas digna de respeto que la del grande Agustin? Facil es, yo lo confieso, engañar à los ignorantes, ó à entendimientos pertinaces, y preocupados: facil es engañarlos con pasages sueltos, truncados, falsificados, tomados en sentido contrario, interpretados à gusto del capricho, y de la pasion; pero se mirarán tales pasages como la doctrina del defensor de la gracia? No, señores, no. Solo à la Iglesia que aprobò esta doctrina, toca el darnos la explicacion de ella. Por ventura, pretendemos saber mejor que ella lo que ella misma prueba? Ella adoptó los dictame-

nes

nes del ilustre Doctor sobre la necesidad, sobre la eficacia, y sobre la gratuidad de la gracia; es verdad. Pero de la necesidad de la gracia, que enseña San Agustin, por qué regla de Dialectica se puede inferir, que haya una gracia, digamoslo asi, necesitante? El manifestó qual era la eficacia de la gracia; pero por esto intentò decir, que no haya mas gracias, que las eficaces? El demuestra la gratuidad de la gracia; infiere acaso de aqui la negacion de esta gracia en los casos en que manda obrar, y que Jesu-Christo no haya muerto mas, por la salud de los que no son escogidos, que por la de los Demonios? Dogmas horrosos, é impios, cuyas consecuencias evidentes, y prácticas han producido tan prontamente el quietismo, y la licenciosidad, al mismo tiempo que para engañar al pueblo se gritaba sin cesar sobre la imaginaria relaxacion de la doctrina moral: dogmas cien veces renovados, y cien veces anatematizados.

Pero ya que he podido pasar tan adelante, vamos al caso. Quando San Agustin sobre estas materias huviera enseñado el error, lo qual seria una blasfemia afirmar, deberiamos seguirle? No, señores, ello se està diciendo por si mismo; y el decir lo contrario, es adelantar una proposicion condenada en terminos formales por Alexandro VII. San Agustin es el primero de los Padres: ya lo sé, y no estoy probando otra cosa: pero jamàs ha sido regla de la fé: antes al contrario, la fé, es quien le arregla: conforme à las decisiones de la fé, es como se debe explicar; y esto no es decir otra cosa, sino que en tanto debe seguirse, en quanto es conforme à las decisiones de la fé. Es acaso Agustin infalible? Se tuvo él por tal? Sin hablar de sus retractaciones, apelo à todas sus obras, en donde tantas veces nos advierte, que ninguno debe atarse à sus dictámenes, como à los Autores Canonicos, y que es licito desechar, é impugnar en sus escri-

cri-

critos las cosas, en que se viesse haverse apartado de la verdad. Todos los Doctores en particular son falibles; la infalibilidad es privilegio singular, é incommunicable de la Iglesia. Solo ella en nada puede errar; jamàs aprobarà la mentira, jamàs condenarà la verdad. Esta es la unica autoridad à quien debe todo ceder: autoridad soberana, è irrefragable, y tan respetada del Santo, que yo alabo, que no pone dificultad en afirmar, que ni el Evangelio creería, si la Iglesia no se lo enseñara, y no le ordenara que lo creyese.

Vosotros, que haceis profesion de seguir tan à ciegas à este Doctor en todo lo demás, seguidle en este punto principal, que es el fundamento de la fé. Nosotros no somos, amados hermanos míos, ni de Pablo, ni de Apolo; nosotros somos de Jesu-Christo, y de su Iglesia. O, Iglesia! O amada patria, en donde recibí la luz del dia! O tierra madre, que desde la infancia me has

cria-

criado con la leche de la verdad celestial! Olvidese mi mano de sí misma, si yo no me acuerdo siempre de tí! Seque-se, y quede inmovil mi lengua, si no eres tú, hasta el ultimo suspiro de mi vida, el digno objeto de mis canticos, y de mi zelo! Temamos, amados hermanos mios, temamos, que el Reyno de Dios, de que abusamos, no se nos quite de las manos, y se transfiera à naciones, que cogerán los frutos de él. Humillemonos de temor, no sea que Jesu-Christo transfiera á otra parte la antorcha de fé, y nos dexé, como à nuestros vecinos, en las tinieblas debidas á nuestro orgullo, y presuncion. Roguemos, pero roguemos con ardor, roguemos sin cesar, para conseguir la paz de la Iglesia, y la reunion de nuestros hermanos. Amemos aquella divina verdad, que fue siempre las delicias de Agustín: sigamosla como él, sin apartarnos de ella: enseñemosla como él con toda su pureza: sacrificuemo-

nos

nos como él, si es necesario, por sus intereses: sacrificuemos nuestros bienes, nuestras fuerzas, nuestro reposo, nuestra reputacion, nuestra misma vida, por disputar en su defensa. Muy dichosos en merecer por este medio contemplarla algun dia cara á cara en la Gloria, que es la dicha que yo os deseo, &c.

Tom. VI.

Cc

PA-